

DELEITOSA DE "LIFE"

La España contra la que España lucha

Spanish Village

IT LIVES IN ANCIENT POVERTY AND FAITH

The village of Deleitosa, a place of about 2,300 people, lies on the high, dry, western Spanish tableland called Estremadura, about halfway between Madrid and the border of Portugal. Its name means "delighted," which it no longer is, and its origins are obscure, though they may go back a thousand years to Spain's Moorish period. In any event it is very old and rare. Photographer Eugene Smith, wandering off the main road into the village, found that its ways had advanced little since medieval times.

Many Deleitosians have never seen a railroad because the nearest one is 25 miles away. The Madrid-Seville highway passes Deleitosa seven miles to the north, so almost the only automobiles it sees are a dilapidated sedan and an old station wagon, for hire at prices few villagers can afford. Mail comes in by burro. The nearest telephone is 12½ miles away in another town. Deleitosa's water system still consists of the sort of aqueducts and open wells from which villagers have drawn their water for centuries. Except for the local doctor's portable tin bathtub there is no trace of any modern sanitation, and the streets

small streets of the village's dokeys and pigs. There are a few signs of the new movement of the 20th Century in Deleitosa. In the city hall, which is run by political subordinates of the provincial government, one sees electric stoves, a handful of villagers, including the mayor, own their own small radio sets. About half of the 300 houses of the village are dimly lighted after dark, a weak electric light bulb which glows from ancient ceilings. And, a small movie theater, which shows some American films, sits among the spiraling of little shops near the main square. But the village seems to be dominated as always by the bare and brutal poverty of subsistence. For Deleitosa, barren of history, undevoted by nature, reduced by wars, lives in poverty—its poverty shared by nearly all and relieved only by the seasonal work of the soil, and the faith that sustains most Deleitosians from the hour of First Communion (page 129) until the single funeral (pp. 128, 129) that marks one's end.

PHOTOGRAPHERED FOR LIFE BY W. EUGENE SMITH

FIRST COMMUNION DRESS
Luciana Castel, 7, is a girl for her young neighbors as she waits for her mother to look down like she has to look.

HACE poco, cuando el candel se espigaba en Castilla y el manitoba en Nebraska, «M. H.» se vió obligado, contra su modestia, a dar una lección de caballerosidad a la revista norteamericana *Look*, que engañaba a sus lectores con una información tramposa sobre España. Después *Life*, en abril último, publicaba en siete u ocho fotografías un reportaje gráfico en que se hacía la disección de Deleitosa, un pueblecito pobretón de Extremadura. Si en la información de *Look* no había veracidad, en el reportaje de *Life* no había amor. Pero no es cosa de que en esta calamitosa postguerra—de cuya organización no es precisamente responsable España—pidamos a las revistas norteamericanas veracidad y cordialidad, generosidad y respeto. En muchas de las películas que nos llegaron en los últimos años, desde *Mrs. Miniver* a *Las rocas blancas de Dover*, los personajes se entregaban a una retórica topiguera (sobre la generosidad, la paz y el respeto mutuo entre los pueblos) que en Europa hacía reír porque ya se conocía desde los tiempos del

Presidente Wilson: un señor Presidente Wilson que gastó sus mejores discursos y sus mejores impulsos en constituir la Sociedad de las Naciones para que los Estados Unidos no entrasen en la S. de N. Con el antecedente, bastaba para que tanta retórica presidencial, secretarial, periodística y cinematográfica fuese considerada al igual que años antes la S. de N.: como producto bobo de exportación. No puede decirse que *Life* mienta en su reportaje sobre Deleitosa. Antes que él, muchos españoles dijeron cosas muy duras sobre infinidad de pueblos del agro central español. Lo que extraña aquí es que *Life* se complazca en lucir estos temas, tan lejanos de su mundo norteamericano, cuando en cualquiera de los cuarenta y tantos Estados de la Unión hay temas sobrados para reportajes aun más tristes y dañinamente espectaculares. A la sombra de N. Y., capital del mundo físico de hoy, está el barrio negro: Harlem. Posiblemente *Life* no nos comprendería si dijésemos aquí que la vida en Deleitosa es preferible a la vida en Harlem, en

puro rigor ético, en puro rigor humano. Porque aun en Deleitosa, con todo, o quién sabe si por todo, la vida humana (los valores humanos, el espíritu, la consciencia de la fugacidad de la vida, el sentido del tránsito, el valor eterno del alma) no es tan repulsiva como en Harlem. Pero, si seguimos por este camino, quizá los hombres de *Life* no nos comprendan.

Hay algo que el fotógrafo de *Life*—excelente fotógrafo por cierto—no pudo o no quiso captar en Deleitosa, quizá porque no le convenía, quizá porque no lo comprendía, quizá porque la moral no es apta para el objetivo fotográfico. O porque la moral y el sentido católico de la vida molesta a muchas gentes, incluso a los señores de *Life*. Pero seguramente de la pobre Deleitosa podría extraerse el ejemplo de la vida en familia, honestamente, a pesar de la pobreza; la integridad indestructible del grupo familiar, la decencia en las costumbres, el pudor femenino, el rezo cotidiano, el amor y el temor a Dios... Un ejemplo que luego

y los Deleitosa de la nueva España

Life, con sus millones de ejemplares de tirada, podría ofrecer a las ciudades norteamericanas—no sólo a Harlem—para bien de Norteamérica y seguridad de su porvenir, por otro lado privilegiado y admirable. Pero es posible que tampoco por este camino puedan comprendernos los hombres de *Life*. Y hace falta la comprensión, como decían en aquellas películas de propaganda.

Intentemos otros, que tocan más de cerca a América. Deleitosa pertenece al partido judicial de Trujillo. Esto, dicho así, ya conquistará para Deleitosa una simpatía inicial entre los hombres que viven de Río Grande para abajo. Y ya explicará, previamente, la calidad humana de sus habitantes, a pesar de la pobreza. Ser atleta y campeón olímpico con un régimen de sobrealimentación científica tiene menos gracia que conquistar y civilizar un continente a uña de caballo, pasando calamidades y comiendo cortezas cuando no había otra cosa que comer. Es posible que los señores de *Life* lean algún día la vida de Orellana y sepan también quiénes fueron entre otros «los trece de la fama». Entonces conocerán que las gentes de la comarca de Deleitosa, quizá con la misma pobreza que ahora, supieron resolver su gigantesco mensaje a García mucho antes de que el otro «mensaje a García», el chiquitín, fuera (para la ingenuidad norteamericana) una pieza literaria y una despampanante teoría filosófica.

Deleitosa, en España o en el mundo, para *Life* es un negocio. Para nosotros, un dolor. A los españoles todos les duele Deleitosa y otros pueblos que como Deleitosa viven en una pobreza secular de la que por fuerza hemos de arrancarlos. Queremos para ellos (y en estos momentos lo quieren todos los españoles), una vida con casas limpias e higiénicas, con campos circundantes enhebrados por tractores; una vida cómoda, moderna, como la que tendrán sin duda muchos pueblos norteamericanos. España lo desea frenéticamente, angustiosamente. Pero, entiéndasenos: con estos mismos hombres, con esta misma moral, con este mismo espíritu, con esta misma vida íntima y personal y en la gracia de Dios. (La gracia de Dios está, por ejemplo, en esa muerte de un hidalgo campesino que figura en el reportaje de *Life*. En ella, la intención del fotógrafo—la estampa tétrica—ha sido burlada por la hondura de ese momento, en el que todos los elementos humanos, captados magistralmente por el objetivo, muestran una trascendencia mística. Así nos gustaría morir—y bien rezados—a los que hacemos MUNDO HISPÁNICO). Quiere decirse que no cambiaríamos TOTALMENTE a Deleitosa por ningún pueblo norteamericano. Saldríamos perdiendo. Sería inútil que dijésemos ahora que posiblemente los hombres de Deleitosa son capaces de comprender un auto sacramental de Calderón y toda la teología en él metida, en tanto otros hombres más o menos electrificados y motorizados, desde luego bien alimentados, y más o menos «selfmen», apenas comprenden una novela de Steinbeck o Faulkner o un drama de O'Neill, y entre estos hombres incluimos al magnífico fotógrafo de *Life* que estuvo en Deleitosa. Sería inútil que lo dijésemos porque tampoco nos comprenderían los señores de *Life*. (Sigue fallando el propósito de comprensión, que tiene su origen en que ellos leen devotamente las Selecciones del «Readers's Digest» cuando debieran leer alegremente la «Guía de Pecadores», de Fray Luis de Granada).

Para acabar con esta angustia física de muchos burgos de la meseta peninsular, España—que también es pobre—está entregada a la colonización de muchas de sus tierras y a la construcción de nuevos pueblos de signo agrícola que ofrezcan las debidas comodidades a sus habitantes. Se han hecho muchos, en los últimos diez años, y se siguen haciendo. Y se han hecho apretando el cinturón de la pobreza española, sin Plan Marshall, en tanto que otros países aprovecharon el Plan Marshall para organizar huelgas e incrementar el comunismo. Es igual. Estamos seguros de que si empezase ahora mismo esa guerra que se espera, se intentaría improvisar fulminantemente un nuevo Plan Marshall expeditivo, sin protocolos ni formalismos, sin expedientes ni averiguaciones, para colocar en manos de los hombres de Deleitosa y de todas las «Deleitosas» de España el fusil de repetición o la «bazooka», en la seguridad absoluta de que los emplearían a modo. Los promotores de este improvisado Plan Marshall lo harían pensando en salvar su imperio económico. Los hombres de Deleitosa, tan escasos de civilización a la norteamericana, pensando en salvar la Civilización.

Puede lucharse en nombre del Kremlin, en nombre de Wall Street y—aunque tampoco lo comprendan los señores de *Life*—en nombre de Dios. De momento, ésta es la diferencia.



LOS NUEVOS DELEITOSA

En la lucha contra la perspectiva rural de los «Deleitosa», España está transformando su campo al través de la obra del Instituto Nacional de Colonización, creado hace diez años. La obra ingente, eficazísima y revolucionaria del I. N. de C. consiste en la transformación de grandes áreas y en facilitar al campesino el acceso a la propiedad, así como en la construcción de nuevos pueblos, caminos, acequias y desagües, nivelación de terrenos con equipos mecánicos adecuados, canalización de aguas, tendido de redes eléctricas, transformación en regadío de las tierras, entrega de créditos y de aperos y maquinaria... En estos diez años, hasta el 31 de diciembre último, el I. N. de C. había construido 306 kilómetros de carreteras y 711 kilómetros de acequias. Al mismo tiempo se han levantado, en las zonas agrícolas colonizadas, 24 pueblos totalmente nuevos, todos ellos con escuelas, iglesia y dispensarios médicos. Estas páginas de «M. H.» ofrecen sólo la visión de cinco de dichos pueblos: para ejemplo basta.

En esta plana, vista aérea del nuevo pueblo de Guadiana del Caudillo, en Extremadura, recientemente inaugurado. Aloja a 113 colonos y sus familias y está concebido para una ampliación prevista de 250 cabezas de familia.